

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 17 DE JUNIO DE 1923

NÚM. 20.086

## ESTAMPAS DE ANTAÑO.—EL TORO QUE NO PUDO CORNEAR A FERNANDO VII

### FRAGMENTOS DE UNAS CARTAS CORTESANAS

*Puerto de Santa María,  
a 30 de septiembre del 1823.*

CESARON ya las inquietudes, amiga mía; aprovechando la serenidad de la tarde, pudimos embarcar en un falucho, que izó su gallarda vela triangular y nos trajo al Puerto en poco más de una hora. En la Casa-Aduana se ultimaban los preparativos para trasladar mañana al Rey a esta ciudad, donde ha instalado su Cuartel General nuestro salvador el duque de Angulema. La bahía gaditana ofrecía al paso de nuestro barco el espectáculo un poco triste de numerosas barquillas que se separaban apresuradamente de los muros de Cádiz para trasladar a bordo de los bergantines a los muchos españoles que emigran. Y allá van, fugitivos, los diputados de las Cortes, que creían hasta hace pocos días ser dueños del Rey y de la Nación.

En la casa donde pude hospedarme en el Puerto, encontré alojado a Moreno, el administrador de El Pardo, tan cuquito y apocado como siempre, que me pidió noticias de cuanto había ocurrido en Cá-

diz, y se lamentó de la liberación del Rey, cuando estaba a punto de realizarse una estratagema con que, después de enrevesada conspiración, creía haber podido arrancarlo de las garras de las maldecidas Cortes. Mientras urdía celosamente su conspiración, se había empeñado en encontrar aquí los datos que le faltaban para terminar una biografía del más grande, ilustre, famoso y olvidado hijo de esta tierra alegre y soleada; ya sabes la manía literatesca de nuestro amigo, y como la ausencia del Rey parece tenerle ahora en abundancia de monedas, ha encontrado, al fin, un muchacho, aprendiz de estilista, que va a ponerle en honrada prosa castellana sus bárbaros escritos. Apenas Moreno me cogió por su cuenta, dejó salir, suelta y sin recelos, la indignación que la poseía: «¿Querrás creer, me dijo, que no queda aquí rastro ni memoria de aquel gran caballero, gran soldado y gran escritor que aquí naciera y aquí viniera a morir, después de sus gloriosas andanzas en los palacios de Juan II y Enrique IV, de quienes fué doncel; en los ejércitos

del rey Alberto de Bohemia, de quien fué capitán, y en la corte andariega de Isabel la Católica, de quien fué maestre de la casa?... Paso a paso he podido reconstituir esta vida insigne—según vociferándome—, y de tal modo me he comprometido con ella, que pudiera decir que vi con mis mismos ojos el honroso aparato con que mi héroe fué armado caballero en el sitio de Huelma, y cómo venció, uno por uno, a todos los caballeros galos, normandos, bretones y flamencos que acudieron a los torneos de Dijón. Por aquel entonces había fallecido su padre, y el duque de Medinaceli rogó a mi héroe que buscara sosiego a su ánimo y reposo a su cuerpo, heredando al muerto en el cargo que ejercía aquí de alcaide del Castillo ducal y regresando a los lares donde pasara su niñez... ¿No era lógico que esperara yo, al llegar precediendo al Cuartel General del Duque, que iba a encontrar los datos que me faltan? Y, nada, hija mía: ni un papel, ni un pergamino, ni una inscripción... El Castillo que fuera su morada, en ruinas y abandono!...» Y vocifera-

feraba y gesticulaba, como si aquellas aficiones eruditiles le dignificaran a mis ojos de los feos oficios que, según los maldicientes, ejercía en las frondas del Pardo, para regocijo de Su Majestad y agravio de la bonísima y cándida paloma que le acompaña en el Trono...

Al caer de la tarde, terminada la comida y alzados los manteles, se prestó a acompañarme a dar un paseo por la ciudad, que era toda bullicio y alegría, esperando a la mañana siguiente el desembarco del Rey liberado. No puedes imaginarte cuánto le agradecí su cortesía, porque nunca me impresionó tanto el espectáculo, tan grato a los ojos femeninos, de una muchedumbre regocijada. Precediendo a Angulema, y siguiéndole, habían llegado aquí muchas personas principales y conocidas de la Corte, de Sevilla y de otros lugares de Andalucía; de Cádiz nos escapamos ayer y hoy cuantos hemos seguido a la Familia Real en esta larga peregrinación, y toda esta gente, más los gallardos oficiales del Cuartel General francés, pasean por la calle Larga y acuden a los



LLEGADA DEL DUQUE DE ANGULEMA AL CUARTEL GENERAL DEL PUERTO DE SANTA MARÍA EL 16 DE AGOSTO DE 1823



muelles y a la playa y a las entradas de las carreteras para ver el aluvión de forasteros que llegan en faluchos, en calesas y a lomos de bien engualdrapados caballos y rocines, ansiosos de ser testigos de la escena de la restitución del Monarca a la Nación que le adora... E imagínate en este bullicio de tantas diversas gentes, enardecidas de fe y de entusiasmo, qué dichos, qué voces, qué discursos, qué graciosas demostraciones de júbilo... Repican las campanas de las iglesias y los conventos y refulgen los altares, donde está el Señor manifiesto, con centenares de velas; hay colgaduras en los balcones y flamea la bandera española izada en muchas azotecas; cada taberna es un hervidero, donde el vocerío, los cánticos y el rasgueo de las guitarras se mezclan y confunden; la chiquillería corre de un lado a otro entonando:

«Murieron los liberales,  
murió la Constitución,  
porque viva el Rey Fernando  
con la patria y religión...»

y utilizando luego, como estribillo, una parodia del «Trágala», que habían cantado los constitucionales:

«Trágala o muere,—vil y traidor,  
tú, que querías—Constitución!...  
«Ya no la arrancas—ni con palancas!—  
decían antes—cuatro tunantes  
sin religión...—¡Trágala, trágala!...»

Moreno volvió al tema de sus erudiciones, y como yo le pidiera que no me hablase más de aquel Mosén Diego de Valera, nacido en el Puerto, donde reposó además los años postreros de su vida y donde Moreno sospechaba que había escrito los más de sus libros (*Trafado de las armas o de los rieptos y desafíos*, *Doctrinal de príncipes* y *Crónica abreviada de España*, que es famosa), el buen administrador de El Pardo quedóse suspenso, me miró de hito en hito y rompió en lágrimas, como un chiquillo:

«—¡Perdonadme, señora!—gimió—. Es algo que me obsesiona, que me aparta de la indignidad de mi vida, que me hace olvidar el vil oficio a que me ha conducido el amor y la veneración que profesé siempre a Fernando... Le serví desde que era niño y no he tenido firmeza para resistirme a sus solicitudes... Y ahora, ¿sabéis?, ahora estoy en desgracia... ¿No habéis oído nada, vos que acompañasteis a la corte desde Madrid? ¿No ha trascendido el suceso, acaso? ¿No ha caído en el dominio de los murmuradores? ¡Quisiera el cielo que así fuese!»

Se había puesto pálido y temblaba y gemía, llamando la atención de los que pasaban a nuestro lado. Le rogué que se calmase, y le juré que nada sabía...

«—¡Ah!...—respondió—. ¡Pero lo sabe él... El!... Si hubierais visto cómo corría...»

«Fué ello pocos días antes de que la junta de médicos le reconociera y declarara a las Cortes que no podía el Rey salir de Madrid por la gota, que le torturaba y paralizaba; el 10 ó el 12 de marzo. Se había prendado Fernando de la hija del vaquero mayor que teníamos en la ganadería brava de El Pardo, y me la pidió con tan apremiantes instancias, que yo interpusé mis buenos oficios, como suelo... Y cuando creíamos todos en el éxito, cuando acudimos a la casa del monte donde la bella prometió aguardarnos..., ¡oh, cielos!, ¿quién hubiera dicho que todas estas luchas entre hermanos pudieran tener allí término en unos minutos?... y toqué con los nudillos en la puerta, y alcé el picaporte, escuchamos un espantable mugido y un testarazo sobre la puerta, de la que saltaron unos trozos hechos astillas... ¡Milagro del poder divino! Si yo hubiera abierto y empujado con más prisa, no pudiera contaros ahora, porque el torazo que allí

estaba en lugar de la bella, hubiera tendido el paso franco a su embestida, en lugar de encerrarse él mismo... Pudimos correr; pudimos salvarnos. Cuando ya estábamos lejos, el Rey paróse en firme; me anonadó con su mirada, que era como lumbre, y me dijo rencorosamente: «—¡Me las pagarás, Moreno!»

«No he vuelto a verle. Aquella noche se presentó en El Pardo una patrulla para prender al vaquero y a su hija; cuando se fué a buscarles en el monte, ya habían desaparecido. A los pocos días las Cortes obligaban al Rey a salir para Sevilla, y yo no duermo desde entonces, no

como, no vivo... He venido con las avanzadas del Ejército del Duque, y no sé a qué vengo... He querido conspirar para sacar al Rey de Cádiz, y no he sabido... Mis únicos momentos de tranquilidad son aquellos en que olvido cuanto me sucede y me dedico a mis investigaciones históricas. Soy entonces otro hombre. Me creo doncel en la corte de Don Juan II o cronista de Fernando el Católico; hablo largo y tendido con Mosén Diego de Valera, cuyas cenizas hubiera querido venerar aquí, y cuando despierto de mi ensueño me siento afrentado del vil oficio que ejerzo al lado de Fer-

nando... ¡Y he de verle mañana y he de sentir los puñales de sus ojos clavándose en mi conciencia!... ¡Y no he tenido valor para huir de España, como hizo el vaquero!...»

¡Hija mía, no sé decirte el efecto que me hicieron todas estas novedades! Tuve que coger a Moreno de un brazo, porque desfallecía y se tambaleaba, y, poco a poco, llevármelo hasta nuestro hospedaje, por en medio de aquella regocijada muchedumbre que daba vivas al Rey absoluto y de aquella chiquillería que cantaba incansablemente:

«... porque viva el Rey Fernando  
con la patria y religión...»

Por la copia,

Dionisio PEREZ

## La parábola del hombre que quiso tocar el cielo con las manos

PÓNESE en marcha la mazmorra y allá va, sin rumbo cierto, hacia lo desconocido, que nunca andamos en la vida más desorientados e inseguros, más a la ventura, que cuando, creyéndonos capaces de atarlo a nuestras manos, le trazamos un derrotero a nuestro destino. Que no es el tren el que corre, sino nuestros pensamientos los que vuelan; ni la máquina la que trepida, sino nuestro corazón el que cruje y se debate; y no es el paisaje policromo de la tierra el que pasa veloz ante nuestros ojos, sino la cabalgata loca de nuestras ilusiones y ansiedades la que nos arrebató en su vértigo el espíritu.

Y, ¿adónde vamos?... ¿Lo sabes tú, corazón encadenado? ¿Puedes decirlo tú, ciego pensamiento mío? ¿Lo presientes, lo adivinas tú, espíritu, pobre rayo de luz perdido en las tinieblas, condenado a buscar eternamente el foco divino del que te dispersaste y por el que eternamente suspiras?

Allá se nos empuja, pues; allá se nos conduce. El convoy se pone en marcha trabajosamente, jadeando, como si, causado de antemano, realizase un supremo esfuerzo. Los coches tropiezan unos con otros, atropellándose, como los eslabones de una cadena de forzados que marchan y marchan sin cesar por todos los caminos, sin llegar nunca. ¿Quién pudo ufanarse jamás de haber llegado? Ni aun a la Muerte. De las entrañas de la madre Muerte saldremos otra vez, miles de veces, millones de veces, a la Vida.

Un hombre llegó a imaginarse que si él hubiese tenido los brazos lo suficientemente largos habría podido tocar el cielo con las manos. Y una noche, hallándose dormido, soñó que los brazos se le alargaban y crecían. Y entonces los elevó hacia el cielo. Pero por mucho que su longitud aumentaba, el cielo se hallaba siempre a la misma distancia de sus manos. De poco servía que sus brazos creciesen y creciesen miles de leguas. El cielo se hallaba siempre igual de lejos y sus manos se agitaban desesperada e inútilmente en el vacío. No pudieron tocarlo nunca. Y cuando aquel hombre despertó, habiendo enloquecido, subióse a la montaña más alta que pudo hallar, y desde ella, ya sin mirar más al cielo, se arrojó de cabeza al abismo.

Que no nos asalte jamás la locura de querer tocar el cielo con las manos y así evitaremos la caída en la sima. Ya que no podamos ser sabios ni grandes, seamos buenos y humildes. Y ya que nuestros corazones son todos rosales de dolor, sepamos, cuando menos, aspirar su perfume. Que a eso puede únicamente llegar toda nuestra sabiduría.

Juan SOCA

Cuadro de J. ROMERO DE TORRES,

Enrique DOMINGUEZ RODIÑO



## CARCELERA

Tienes el alma serrana,  
tienes el alma encendida,  
como una rosa temprana,  
como una flor de la vida.

Como una flor tempranera  
que dió su sangre al rosal,  
tú me has dado, carcelera,  
alma de indómita fiera,  
alma fiera y pasional.

Ven esta noche a cantar  
la copla de mi pasión.  
La solución de mi mal  
ya no tiene solución.

Eres la risa y la pena,  
la templanza y la pasión;  
el grito de mi condena,  
corazón del corazón.

Sabé a amargo lo que dices,  
porque dices lo que sientes.  
Eres santa si maldices,  
si maldices de las gentes.

Aquellos que la ofendieron  
porque me quiso querer

(no supieron comprender  
lo que hicieron...)  
encendieron y encendieron  
su querer y mi querer.

Ven esta noche a cantar  
la copla de mi pasión.  
La solución de mi mal  
ya no tiene solución.

Aunque murmure la gente  
lo que quiera, carcelera.  
Aunque sienta lo que siente,  
lo que quiero es que me quiera.

Canta una copla de amor  
porque de amor me muero.  
Por la mujer que yo quiero,  
canta una copla de amor.

Da a los vientos tu canción  
floreceda de pasión.  
Tengo el alma prisionera.  
¡Tan sólo tú, carcelera,  
alegras mi corazón!



IMPRESIONES DE  
UN CAMINANTE

## LA ESCUELA FLORENTINA

Por qué razón no he encontrado en el Palacio degli Uffizi la frialdad moratoria de todos los museos? Porque la armonía entre esas galerías y Florencia es un acorde vital, un latido. La Ciudad tiene en esos dos Palacios, Uffizi y Pitti, su apoteosis, su visible divinización. Confieso que, a pesar de esa majestad insuperable, Florencia se me revela más claramente en alguna de sus calles, a la sombra de los palacios donde palpita la historia, o en la placidez ensoñadora del Lungarno. Pero hay dos maneras de sentir una ciudad: por la confianza íntima y por la brillantez aparatosa. A veces os revela mejor el alma de una época o de un pueblo la iglesia en ruinas de una calleja, que la esplendorosa Catedral; el herraje de una puerta vetusta, que las salas deslumbradoras de un museo.

Recorría ese palacio de los Oficios con la impaciencia febril de quien no puede dominar su contemplación, sino que es dominado por ella. Me sentía abrumado, aniquilado bajo ese substrato de perennidad, de inmortalidad humana, que es la pintura florentina... Y ahora, al ordenar mis impresiones de aquel momento para estilizarlas, siento la insuperable dificultad de la síntesis.

La pintura florentina es el esfuerzo mayor que haya sido hecho jamás para infundir espiritualidad en la forma. Recordemos su desenvolvimiento, desde Cimabue al Bronzino. Cada nuevo pintor representa una victoria técnica; pero todos tienen conciencia del valor puramente instrumental de su arte. Su mano, cada día más, se torna experta y hábil para dotar de vida inmortal a sus modelos; pero ese realismo minucioso y a veces pueril es el reflejo de una espiritualidad intensa y profunda.

Estaría fuera de mis intenciones el estudio particular de cada uno de los pintores representativos de la escuela florentina. Pero quisiera fijar, en pocas palabras, el valor de esa escuela como revelación del alma de Florencia.

Su trayectoria es una doble evolución inversa: es una compensación de valores opuestos. A medida que la forma se refina y perfecciona, el espíritu se volatiliza, se va extinguiendo. La escuela florentina es un largo esfuerzo de fusión paradójica entre el sentido clásico y el cristiano, como todas las escuelas italianas. Pero en ella predomina la verdadera expresión plástica del cristianismo. Nace, con el Giotto y Orcagna, en la más pura ingenuidad de la fe; la eleva Fra Angelico a la intuición mística; Filippo Lippi acierta a unir con la gracia cándida una dulce intimidad de escena familiar; sólo Botticelli, en fin, asume la herencia pagana y consigue refundirla con la gracia toscana; es el apogeo de la escuela, la verdadera personificación estética de Florencia. Leonardo, después, no se limita ya a ser florentino; en él encarna el imperialismo estético de su ciudad, y crea, en un nuevo magisterio, la escuela lombarda. Así también, más genialmente todavía, Miguel Ángel dará su verdadera forma a la escuela romana, pasando desde la delicadeza cristiana de la estética florentina hasta la robustez clásica por intermedio de la rudeza mosaica, como había hecho ya Danto en los grígenes del arte toscano.

Pero ese poder de difusión y conquista, esa potencia fecundante, fundadora de nuevas escuelas, se compensaba con una debilitación del espíritu original en provecho de la forma, del valor humano; la gracia se consumía para alimentar la fuerza; el óleo de la lámpara pri-

mitiva se iba agotando al par que recordaba su antigua divinidad la carne.

Florencia, metrópoli del arte italiano, muestra en la gama de sus valores los términos más opuestos. Los nombres del Angélico y de Miguel Ángel polarizan esta gradación. Es imposible, por ello, reducir a fórmula común el magisterio secular toscano. Dejando aparte la opulencia oriental de Venecia, Florencia es el verdadero momento espiritual de Italia; ya, en sus últimos esplendores (la ufanía de Andrés del Sarto, la morosidad carnal del Bronzino), Florencia cederá su imperio a las escuelas en que predomine el elemento carnal, externo y profesional: la exuberancia romana, el patetismo boloñés, el naturalismo napolitano.



Un poco enervados, con la embriaguez y el embotamiento de nuestra saturación espiritual, recorriamos las salas del Palacio de los Oficios. Nos habíamos embelesado ante la Anunciación de Vinci, en la cual las palabras del Ángel, arrojadas sobre un campo de flores, se compenetraban deliciosamente con la plenitud de gracia de su gesto, que se diseñaba sobre una lejanía de cipreses, en dulce visión toscana. Habíamos percibido, como contraste, la desnudez ambigua del San Sebastián del Sodoma, tras de cuyo cuerpo se distribuye un paisaje artificialmente pintoresco. Dejábamos atrás la actitud impúdica de la Venus tizianesca, y la belleza un poco fría de la cortesana Flora, también del Vecellio, compensada por la suave belleza de la Virgen del Sassoferrato, por la ternura infantil de la Virgen adorante del Correggio y la dulcedumbre inadecuada de la Magdalena de Carlos Dolci. Habíamos pasado un poco rápidamente ante la Madonna del Cardellino y la del Pozzo, reservando el comentario para la visita al Palacio Pitti, donde completaríamos el conocimiento de lo que llamaríamos naturalización florentina de Rafael.

Sólo cuando penetramos en la sala de Botticelli sentimos, plenamente, la intuición de la esencia pictórica de Florencia.—Botticelli, Rafael... Permittedme unir, de paso, estos dos nombres, ahora que se juntan de nuevo en mis recuerdos de viajero. Roma infundió en la genialidad de Botticelli la amplitud de composición bíblica de la Sixtina. En cambio, Florencia enseñó a Rafael su sentido de la gracia, su interpretación ideal y divina de la feminidad, y le permitió compensar sus grandes sinfonías vaticanas, más vastas que intensas, con la inefable forma de sus Vírgenes Madres, en que consiguió eximir de toda mezcolanza sexual la contemplación de la belleza femenina, comunicándole el supremo desinterés, base del arte.

Sólo en Botticelli conviven, con igual vitalidad, las dos Florencias. Más todavía que en Ghirlandaio, se exalta en él la Florencia d'iliali. Otros florentinos, singularmente los que llegaron al genio, asumieron categoría de intérpretes de

humanidad, alcanzaron de toda la potencia de los hombres para hacerse superiores a su patria. Pero la espiritualidad sutilísima de Botticelli procede inversamente; toda asimilación de cultura ajena se reduce en él a sentimentalidad florentina. No se levanta por encima de su escuela, ni se sustrae a ella por magnitud individual, rebelde a normas; pero depura y enaltece su propia escuela, que jamás tuvo la intensidad de valores a que ascendió en él y por él. No sólo afirma su poderosa personalidad, sino también la de su Florencia. Todos los demás pintores florentinos alientan en su obra, excepto Miguel Ángel. Hay en éste un valor humano muy superior; pero hay en aquél un valor florentino mucho más intenso.

Aquí están, reunidos, los dos grandes momentos de su obra: el cristiano y el pagano. Pero uno y otro pueden agruparse bajo un nombre común: la divinización de la feminidad. La imagen de María, en sus manos, no exalta la cualidad maternal, sino la virgínea. No son esas figuras reinas celestes, advocaciones a que acude el instinto filial de los hombres en su angustia, como las de Fra Angélico. No son propiamente Madonnas, madres familiares y dulces, como las de Rafael. Tampoco son etéreas quintesencias teológicas, como fueron, mucho tiempo después, las Concepciones de Murillo. Son mujeres divinas, que presentan, elevada a norma, la virginidad como suprema valoración estética. Así alcanzamos a comprender la transfiguración del espíritu clásico en esa suma depuración del arte cristiano. Botticelli es muy clásico porque descubrió el secreto de traducir en las formas de la imaginería cristiana la divinidad helénica. Sus vírgenes son diosas, o mejor, la virginidad es divina en ellas, un poco a la manera de Artemisa, la diosa lunar, la Diana romana. Botticelli consagró la mitad de su obra a esa virginidad doblemente clásica y cristiana; y la otra mitad a la belleza sensual o venusina.



Veamos, en estos Uffizi, las Vírgenes botticellianas. Diríais que son páginas de un himnario; cromatismos de inicial en un libro de cánticos; invocaciones de Letanía; versículos de un Magnificat. Ahí está precisamente la Virgen coronada por Angeles, que escribe sobre el libro abierto, mientras la mano del Niño se apoya dulcemente en su brazo... Ese cuadro es una réplica del Magnificat que está en el Louvre. Los ángeles no son en Botticelli figuras asexuales o andróginas; sino formas femeninas, mujeres en flor, capullos de feminidad, esbeltos liliales, coronadas por la cascada rubia de las cabelleras. Y la potencia de símbolo, el poder mitológico, retorna en Botticelli a la primitiva eficacia... ¿Por qué nos quedamos pensativos, abismados en interpretaciones acaso no soñadas por el pintor mismo, ante su llamada Madonna della Melagrana, en que el Niño Divino juega con la granada semiabierta?

Pero vayamos a contemplar ahora la otra mitad de la obra de Botticelli, la mitad pagana. ¿Me atreveré a decir que también es cristiana, a su manera? Ningún cuadro suyo le revela mejor que el de *Palas domando un Centauro*, que se encuentra en el Museo Pitti. Palas, también virgen, con el gesto inconfundible de las mujeres botticellianas, coga con su diestra las crines del Centauro apaciguado. ¿No fué ésta la misión del arte florentino, unción de belleza y serenidad sobre la testa de rudos condottieri, como un crisma sobre frentes de bárbaros? Palas ¿no es la misma Florencia, nueva Atenas, coronada de flores y armada de alabarda, pronta a la sutileza de amor y a la de engaño, al soneto petrarquesco y a la argucia maquiavélica? Y es Florencia también la Venus nueva que sale del mar sobre su concha, Venus estilizada en esbeltez, muy diversa de la Venus veneciana, y todavía pudorosa porque tiene algo de Magdalena, cubriéndose con la mano y con los cabellos el pecho y la comba sexual... Los vientos, a su derecha, soplan sobre su desnudez como si quisieran infundirle un espíritu; y a la izquierda, la eterna figura virginal le ofrece un velo que palpita como un estandarte...

Y es Florencia también esa personificación de la Fuerza, sentada en su trono, sin que haya perdido nada de su nativa gracia femenina. Ninguna veleidad de rudeza tampoco, en esa *Judith* de los Uffizi, o en la *Salomé* de la Academia. Aun la famosa composición de *La Calumnia*, que tiende ya a la pompa decorativa romana, conserva en sus figuras el sentido de *coro lirico*, la transfiguración poética.

Pero ahí está, en fin, el cuadro de la *Primavera*. He aquí la verdadera representación de Florencia. Aquí el *coro* recobra su primitiva cualidad de danza. Es un triunfo, en el concepto toscano: el triunfo de la juventud fecunda. A su manera, esas figuras, tan paganas y angélicas a un tiempo, son también vírgenes madres. No es ya el paganismo lo que se transfundió en el cristianismo, sino al revés. Bajo los velos aéreos y transparentes, esas jóvenes, niñas o doncellas, muestran la suave curva grávida de sus vientres sin haber perdido su aire virginal. Los árboles henchidos de fruta forman pórticos como aureolas de santificación. Es un bosque sagrado. La figura central, de seno también lleno de promesas, dobla su cuello con una gracia de virgen bizantina. Sobre su cabeza ¿es un Ángel o un Eros el niño alado que se cierne? ¡Oh, divina incertidumbre! París arranca la manzana del arbitraje, junto a las tres diosas, o a las tres florentinas en quien la divina y triple feminidad se reencarna. Pero yo prefiero la mujer vestida que al otro lado avanza, cubierta y coronada de flores, recogiendo la cadencia flotante de sus vestiduras. Hay en sus ojos una inefable serenidad, que yo no sabría estilizar. La lontananza luminosa del bosque te la ciñe de resplandores. Sus pies desnudos pisan los pétalos caídos.—La reconozco: es la suprema representación botticelliana de Florencia, triunfo de juventud eterna, primavera vital, renovada en la inmortalidad ciudadana. La Primavera, como el San Jorge de Donatello, como el Perseo de Benvenuto, como el David de Verrocchio, de Donatello y de Miguel Ángel. La Primavera fecunda y prolífica, como una Calisto que no se avergüenza de su preñez, en el séquito de Diana.

Gabriel ALOMAR

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que "en ningún caso" nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.



# LA VARITA DE LA VIRTUD

CUENTO PARA NIÑOS POR MARIA BERTA QUINTERO

ERASE que se era una niña muy buena y bonita; nunca hizo daño a nadie, ni aun a los animalitos, y, en cambio, socorría a cuantos menesterosos acudían a ella y daba a los pájaros migas de pan en el invierno.

Su madrina era una poderosa hada, que la colmó de dones al nacer y velaba por Nievecita con exquisito cuidado.

Un día, jugando con otras niñas, fué empujada sin querer por una de ellas, y hubiera rodado por un precipicio si el hada madrina no la hubiese detenido en su caída. Otra vez, por correr en socorro de un niño a quien maltrataba su madrastra, cayó e hirióse en la frente. El hada apareció en el acto, y con un aromático ungüento que llevaba en un pomito de ámbar hizo cicatrizar la herida, sin que le quedara la menor señal. Y así, muchas veces.

Entre tanto, Nievecita crecía en edad, virtud y belleza. La tarde de su cumpleaños disponíase a merendar, con gran apetito, exquisitos dulces y frutas con sus hermanos y amiguitas en el jardín de su casa, cuando acercóse a la verja una anciana pobremente vestida.

—¡Nievecita! linda niña!—exclamó—. ¡Felicidades!

—Gracias, abuelita. Pero ¿cómo sabe mi nombre y que hoy cumplo años?

—Y doce, por cierto. Yo sé muchas cosas... ¡Como soy tan vieja!... Pero dame algo de comer; tengo mucha hambre...

Nievecita la dió su merienda, y, aunque por no querer partir con ella la suya ninguno de los niños quedóse sin merendar, no puso carita seria, ni menos fué a quejarse de ellos a su mamá, sino que continuó luego jugando con todos, tan contenta y cariñosa como siempre.

Un ratito después otra viejecita, cayendo ante la verja del jardín, hirióse levemente en el rostro. Los niños, aunque escucharon sus lamentos y su demanda de auxilio—porque ni aun levantarse podía la pobrecilla—, no quisieron interrumpir su diversión; pero Nievecita, acudiendo presurosa, ayudóla, no sin trabajo, a ponerse en pie. La hizo pasar y sentarse, lavó sus heridas, ofreciéndola luego, con permiso de su buena mamá, un vasito de leche recién ordeñada.

Más tarde, una niña que iba de paseo con su aya, vestida con un lujoso traje de raso blanco, deteniéndose, curiosa, ante la verja al ver a Nievecita y a los demás niños ataviados con sencillez, se puso a mofarse de ellos, riendo a carcajadas y llamándolos desastrados y perdidosos, sin atender las advertencias de la institutriz.

Los pequeños, al oír aquellos inmerecidos insultos, corrieron a la verja, colmando de improperios a la imprudente y orgullosa niña, y algunos, más atrevidos, arrojáronla piedrecillas y arena a la cara, mientras otro, con una ramita, la rasgó el vestido, a pesar de las súplicas de Nievecita para que cesaran en su deseo de venganza.

Entonces la niña echóse a llorar, no tanto por la molestia que la arena pro-

ducía en los ojos como ante el temor de ser castigada al llegar a su casa con su precioso vestido roto. Nievecita, compadecida, la invitó a pasar, proporcionándole agua fresca para lavarse, y con gran esmero y rapidez compuso su traje, dejándolo tan admirablemente, que no se notaba el zurcido. Porque, aprovechando las lecciones de su hada madrina, era muy primorosa y hábil para toda clase de labores, aun las más difíciles y delicadas.

El aya colmó de elogios a la infantil costurera, muy asombrada de su primor, y la niña, abrazándola con cariño, la expresó su sincera gratitud, pidién-

do de vosotros ayudarme a llegar hasta mi casa? Está cerca...

Ninguno la hizo caso; pero Nievecita, saliendo, la dijo con dulzura:

—Yo la acompañaré, abuela.

Y quitándole su pesada carga, la tomó del brazo, emprendiendo el camino.

Mas apenas habían andado unos pasos, irguiéndose la viejecilla, cayeron a tierra sus harapos y presentóse ante la niña su madrina, que, besándola en la frente, la dijo:

—Estoy muy contenta de ti. Has salido victoriosa de las pruebas a que quise someterte, y como ya eres casi una mujercita, quiero hacerte un regalo.

en el pico un bolsillo, dejándolo caer a los pies de Nievecita, que, convencida de que estaba lleno de monedas de oro, dióselo a su amiga.

Otra niña, admirada, exclamó:

—¡Ay, quién fuera tú! Mamá llora sin cesar desde que murió mi hermanito, deseando otro niño. Yo pediría un lindo bebé para consolarla.

—Deseo un hermano muy bello para mi amiga Inés—dijo Nievecita, tomando la varita.

Y un cochecito tirado por cabras detúvose ante la verja. Acudieron todos, y hallaron en él, dormido, un precioso chiquitín. Era rubio como el oro y blanco cual la nieve.

Entonces, envidiosa una de las niñas, dijo:

—¡Lástima de regalo! ¡Otras lo hubieran merecido y necesitado más que Nievecita!

Esta, ofendida, profirió, amenazándola con la varita:

—¡Merecías un cachete por envidiosa!

Al instante, volviéndose la varita contra su dueña, dióla un golpe que la hizo ver las estrellas, aunque lucía el sol...



La gentil lectora, una niña tan inteligente como buena, levantó entonces los ojos del libro, quedándose pensativa.

—¡Ay, quién tuviera—dijo a su hermana mayor, que bordaba a su lado—un hada madrina y una varita de la virtud! ¿No te gustaría, Rosario?

Esta, echándose a reír, la contestó:

—¡Qué necia eres, Carmita! ¡Eso es imposible! No hay ni hubo nunca hadas ni varitas mágicas.

—¿De veras? Y yo que creía...—y Carmita rompió a llorar con desconsuelo, porque aquella era su primera desilusión.

Al escucharla, apresuróse a acudir, solícita, su abuela, preguntándole qué tenía. Y enterada de todo, la dijo, besándola:

—Vamos, riquita, no llores. Ya vas a cumplir siete años, y bueno es que sepas son puerilidades, fantasías, los cuentos infantiles de magos y brujas. Pero, sabe, nena mía, que todas las niñas tienen un ser

muy superior a un hada. ¿Sabes cuál? Su Angel Custodio, que las guía y protege. Tú tienes también la dicha de poseer visiblemente a una hada buena... ¡Tu madre! ¿Quién puede quererte y cuidarte mejor que ella? Y, por último, tú, como todas, tienes una varita de la virtud: vuestra voluntad. Si, empleándola debidamente, hacéis el bien, pronto sois premiadas; si, por el contrario, abusáis de ella, faltando a vuestros deberes, muchas veces, como la heroína de ese cuento, en la falta misma lleváis la penitencia.

Carmita, completamente consolada, hizo mil caricias a su abuela, prometiéndola ser muy buena siempre. Y ya no volvió a apenarse por no tener un hada madrina, como Nievecita, ni una varita de oro...

**Maria BERTA QUINTERO**

Dibujo de BARTOLOZZI.



# ¡ABAJO LO EXISTENTE!

NOVELA CORTA ORIGINAL DE E. GUTIÉRREZ-GAMERO

ERA don León Hernampérez el hombre más descaballado que ha nacido de madre. Le conocí en el viejo café de La Iberia, porque algunas veces me arrimaba a la mesa donde él tenía su tertulia juntamente con otros, si no tan desequilibrados como el individuo a que me refiero, bastante tomados del morbo revolucionario.

Años han transcurrido de lo que va a continuación de este preámbulo, y cuando cierro los ojos me parece que le estoy viendo sin perder ningún detalle de su interesante persona.

Con los concurrentes a la tertulia de La Iberia, donde don León gozaba puesto preferente, podíanse hacer varios y muy sabrosos retratos, dado que, comulgando todos en la misma Iglesia, cada cual tenía su faceta revolucionaria, unos, de sangre y exterminio, y otros, de andemos con pies de plomo; pero mi don León dominaba el cotarro, y cuando, en voz baja y áspero tono, con dejos de elocuencia tribunicia, deciales cómo todo lo existente iba a desplomarse, gracias al empuje de ciertas fuerzas y valiosos elementos sólo de él conocidos, pues que por él fueron preparados, a aquellos buenos patriotas, incapaces de matar un inocente cinife, les hervía la sangre y a duras penas refrenaban su coraje, pronto a escaparse de sus bocas en gritos subversivos y en frases espeluznantes.

Muy sugestivo para mí todo lo pintoresco, y la época a que aludo lo era en grado sumo, excuso decir que me hice asiduo a la famosa tertulia, y por la admiración que puse en mis palabras al finalizar don León cualquiera de sus discursos, le caí en gracia y me consagró amigo suyo y catecúmeno de su escuela filosófico-político-social, cuyo programa reducíase a derribar, *manu militari*, todo lo existente y caiga el que caiga.

Como natural consecuencia de nuestra comunidad de ideas, vino el acompañarle a su domicilio al retirarnos de La Iberia, discurre por la Moncloa para exponerme sus planes, y así, de hilo en hilo, me introduje en su casa, dándome con tal introducción una prueba de confianza, pues no gustaba de amigos que penetrasen en sus familias. Se adentró. Vivía con su hermana, doña Lorenza, en un cuarto de la calle de Fuencarral, modesto, pero con mucho gusto adornado, cuyos detalles, algunos primorosos, parecían las cascadas de antigua riqueza. La tuvo, en efecto, y no hecha por inconfesables garbeos, sino mediante la benignidad de un pariente lejano que le hizo su heredero, de cuya herencia muy poco quedaba.

—¡Es una pena!—decíame doña Lorenza un día que nos encontramos solos—. Mi hermano es más bueno que el pan blanco, un corazón de oro, fino en su trato y formal en sus palabras; pero, en cambio, tiene dos defectos, por los cuales mi pobre León resulta una bala perdida. El uno, es su desmedida afición a las mujeres...

—Eso no es un defecto—corregí a doña

Lorenza—, sino una excelente cualidad.

—Que llevada a la exageración raya en manía, pues por ella se le han ido los cuartos—interrumpió la hermana de don León.

—¿Y el otro defecto?—interrogué a la señora.

—El más tremendo, que le dejará secos los sesos y vacíos los bolsillos. Mi hermano odia con odio implacable a todo Gobierno. Se dice republicano porque el actual es monárquico; pero si vieran los republicanos, renegarían de ellos. Conspirando contra el que manda, sea rey o sea Roque, se ha pasado su

plática vaya a parar a motivos de jarama, despótica y no hay dios que le contenga.

Y aquí viene una falta de que me acuso, para cuyo perdón he de buscar un confesor de esos que gozan de amplísimos poderes absolutorios. Dije falta, porque resulta tal excitar la manía de un loco y ponerle en el disparadero de su locura.

—Pero ¿usted, don León, fué el que...?

—Sí, mi joven amigo—díjome frunciendo las cejas y volviendo su cabeza hacia la derecha como para ver si alguien podía acechar nuestra conversación, mo-

vementísimo de hacer feliz a nuestra desdichada España. Créame usted, joven neófito. No es posible llevar a buen término una revolución que dé al traste con todo lo existente sin contar conmigo.

Después de estas palabras me quedé mirándole, como si fuese el único ejemplar de una especie humana ya desaparecida, y no quise decirle que eso de llevar a buen término una revolución yo lo entendía como dar pie para que las gentes se rompan la cabeza, los bullangueros medren, los tunantes se aupen y los pacíficos renieguen del hallazgo.

Por aquellos días se habló mucho de pronunciamientos militares, y como ello coincidiese con quehaceres inaplazables que requerían mi presencia fuera de Madrid, no obstante mi curiosidad, me marché a Cádiz, luego hice un largo viaje por Europa y, ya bien corridos cinco o seis años, dí la vuelta a la villa y corte.

Y un día me vino a la memoria el famoso don León. Al momento me fui a su antiguo domicilio de la calle de Fuencarral, seguro de que mi visita había de agradarle.

Difícil me fué hallar a la familia de Hernampérez, porque de la casa que yo frecuenté salieron los dos hermanos sin dejar las señas del nuevo paradero, y sólo en fuerza de paciencia, al fin en una casa del barrio de Pozas dí con doña Lorenza.

—¡Ay, don Jesús! Mi pobre hermano pasó a mejor vida hace un año—díjome la buena señora, limpiándose los lagrimones que acudieron a sus ojos en cuanto la dirigí la natural pregunta.

—¿Siempre con su monomanía revolucionaria, por supuesto?

—Más loco que nunca. Hizo el diablo que el Gobierno le tomara entre ojos por haber impreso y repartido un papelucho en que ponía al Poder moderador como hoja de perejil, y desde entonces no tuvo León hora tranquila, ni en su cuerpo ni en su alma.

—¿Y de qué murió?

—Pues de un tabardillo pintado, quiero decir de un sofocón. Se trabó una vez de palabras con cierto polizonte que se la daba de anarquista y era un espía del gobernador; de los dichos fueron a los hechos, y fué tal la ira que cogió a mi pobre León, que vino a casa descompuesto; luego, cuarenta grados, y a las pocas horas, el tremendo finiquito.

—Me parece muy mal, doña Lorenza; pero Dios sabe mejor que nosotros lo que nos conviene, y a lo que El dispone no hay sino resignarse. ¿Y no ha dejado don León papeles, cartas, memorias, algo escrito donde fuera poniendo sus impresiones?

—Un sin fin de papelotes hay en esa mesa que nos está oyendo. Si quiere usted llevarlos, cargue con ellos.

Aproveché el permiso, cargué con un buen fajo de cuartillas, notas, recortes de periódicos, cartas y claves; todo lo llevé a mi casa, y del informe montón entresaco el siguiente episodio, todo él escrito de puño y letra de don León Hernampérez, como si los renglones, que no sin cierta dificultad pude leer, fuesen



vida, y no puede usted imaginar el dineral que las malditas conspiraciones le cuestan. Lo malo es que en lo tocante a mujeres no hay una que le pare. Al principio de su locura amorosa, un verdadero paraíso; pero, al poco tiempo, o las cansa o se cansan, o llega cualquier pelafustán y le sopla al oído una cantata revolucionaria, y entonces adiós el amor y viva la República. Le digo a usted, amigo mío, que mi dichoso hermanito nos va a volver tarumba a mí y a cuantos seduce con su labia.

—Pues yo—repuse a doña Lorenza—, en muchas conversaciones que con su hermano he tenido la he encontrado con muy recto pensar y muy claro sentir.

—En no tocándole su lado flaco, León es encantador, y además, de mucha lectura y buena memoria; pero cómo la

vimiento que, en fuerza de la costumbre, le quedó y siempre empleaba, aun en el relato del más pacífico y poco alarmante suceso—. Sí, querido amigo mío—continuó—. Yo fui el hilo conductor, el que llevó la orden definitiva, la mecha que puso fuego a la mina. Yo, el que convenció al general, amansó al coronel, electrizó a los oficiales y sacó del cuartel a los soldados; yo, que con esta actividad revolucionaria de que gozo, he llevado cartas de Madrid a Londres, y fabricado claves, y rondado cuarteles, y prometido credenciales y grados para el día del triunfo, y todo sin pedir un real a los manipulantes de nuestra causa, todo de mi propia faltriquera, para que mis correligionarios viesan el patriótico y puro desinterés que me domina, porque no me mueve la ambición, sino el deseo



parte de un diario que llevase como recordatorio de sus hazañas. Y es como sigue:

*«Abajo lo existente y viva la República!»*

«Los neos encabezan sus escritos con una crucecita para que no se los lleve el diablo, y yo doy principio a los míos con este noble grito, seguro de que si existe el diablo, que lo dudo, tanto caso hará de ellos como de mí. Quiero poner en este papel el suceso más importante de mi vida, porque es la confesión de una falta grave que he cometido, impulsado por deseos concupiscentes a que no tuve el valor de sustraerme. Me hallo limpio de culpa, porque el jefe supremo de mi partido, a quien acudí sumiso y contrito, me absolvió; pero yo no me he absuelto. Reconstruyamos los pasados hechos.

«Que esto se desvencija y se hunde en el abismo de su podredumbre, salta a la vista. ¿Qué falta para apresurar su derrumbamiento? Pues nada más que una mano como la mía; un genio solerte y organizador como el que tengo en mi cabeza; un verbo persuasivo como el que a Dios plugo concederme, y una actividad eléctrica como la que poseo para encharufar voluntades, reducir a los vacilantes y dar bríos a los chicos de corazón.

«¿Dicen los que me hablan de la *masa neutra* (así llaman a los innúmeros españoles cucos, egoístas y bien avenidos con que les dejen ir en el machito) que mientras ella no salga de sus cómodas casillas no es posible una revolución que vuelva lo de arriba abajo y viceversa! ¡Error craso, vulgaridad supina! A la masa neutra se la calienta con el fuego de la libertad y con el hierro candente de la democracia. No; si no dénme a mí medios materiales para inculcarles mis ideas, y los que hoy parecen indiferentes y apocados, mañana resultarán ansiosos de levantar a este país nuestro hasta la altura de los pueblos más cultos, con gobernantes que no sean de escopeta y perro, cual los que padecemos por nuestra desgracia.

«Pero me estoy apartando de la historia que en este papel se beneficia, y vuelvo a ella.

«Todo hallábase preparado y dispuesto para dar el golpe. Respecto al pueblo que clama por reconquistar sus derrocados derechos, como necesario corolario ambiente fortificante de toda revolución bien organizada, de ese no tenía que ocuparme, pues ya se encontraba más que convencido, merced a nuestras proclamas, folletos y hojas de tapadillo, confeccionadas por los hombres civiles que saben tirar de pluma. Restaba la parte militar, la que es de mi propia minerva, y este importantísimo sector lo recorrí de punta a cabo, desde el norte al sur de España, hasta llevarme la formal promesa de la iniciación armada.

«Con todo lo cual me planté donde se encontraba, esperándome, el jefe supremo de quien había de partir la orden definitiva. Que me recibí con los brazos abiertos no es preciso contar. Llegaba el momento culminante; ningún cabo suelto, todo a punto y sazón; y así, después de recibir las oportunas instrucciones, me encaminé a Perpignan, donde nuestros correligionarios habíannme de conducir hasta la frontera. En el coche de uno de ellos se realizó la expedición, y a la raya llegamos, dándome por guías, conocedores de las sendas y recorrecos propios para entrar en España sin tropiezos, dos honrados montañeses que se ganaban la vida yendo y viniendo por aquellos andurriales. Pero si habíamos de tener prudencia era preciso aguardar la madrugada, pues en aquel entonces (las siete de una hermosa tarde de junio) veníase encima la noche y resulta-

ba peligroso meterse por las veredas de la montaña.

«Me resigné a la espera y al grato fin de un tranquilo descanso, mientras la del alba apareciese; mis compañeros alojáronme en una especie de mesón, cuyo dueño me dió cuarto en el piso bajo, con su ventana al campo y casi al ras del camino. Perteneciente a otra habitación, paredaña de la mía, veíase una ventana igual, cerrada cuando a la de mi momentáneo domicilio me asomé para contemplar aquella hermosa naturaleza y saturarme de la tibia y dulce atmósfera que embalsamaba el aire al rozarse con los añosos pinos del vecino bosque.

«En mudo éxtasis permanecía, y al poco rato noté el ruido de la contigua ventana al abrirse, y vi ponerse en su alféizar una mujer. ¡Válgame Dios, qué mujer! Una mujer, entre señorita y aldeana, de esas que son cebo de tentaciones y desvelo del espíritu.

«Las ideas revolucionarias, las instrucciones de mi jefe supremo, los nombres de los coroneles comprometidos, todo, todo se me fué del magín en menos que se persigna un cura loco, en pos de aquella preciosa criatura que estaba allí, fresca y lozana, al alcance de mi voz y como si fuese ofrenda de los mismos dioses. Me creí entonces un hombre de suerte parigual a la de aquel famoso París que fué amante de la bella Helena y de la ninfa Enone, y entablé con mi encantadora vecina la siguiente charla, en mi lengua natal, pues ella hacía a pluma y pelo, quiero decir que manejaba el castellano con bastante desenvoltura.

«—¿Aguarda usted a alguien, vecinita?

«—Sí, señor. A mi novio.

«—¿Es de por acá?

«—Es de mi pueblo.

«—Pues yo si tuviese una novia tan retepiciosa como usted ya estaría aquí hace un año.

«—Algo se ha retrasado; pero vendrá.

«—¿Hace mucho que está usted a la espera?

«—¡Más de lo que yo quiero!

«—¿Qué oficio tiene?

«—Carabinero.

«—¡Caracoles!—dije para mí sayo, pensando que lo prudente sería retirarme de la ventana y esconderme, no fuese que el novio de mi vecina entorpeciera mi caminata. Pero estando de por medio la conquista de aquella hembra extraordinaria, ¿qué me importaban todos los carabineros de la provincia y del Reino? Me eché a la espalda el miedo y continué la plática.

«—Dígame usted, vecinita: si el carabinero no viniere, que no vendrá...

«—¿Y usted qué sabe?—atajó la muchacha.

«—Me lo da el corazón—contesté.

«—Se va a equivocar—repuso la joven, riéndose y enseñándome unos dientes blancos e iguales, que eran un verdadero primor.

«—Por si no me equivoco, ¿quiere usted que hagamos un trato?—la pregunté.

«—¡Un trato!... No sé.

«—Verá usted, deliciosa joven: demós de plazo a la llegada del carabinero media hora. Si pasa la media horita y no parece yo le reemplazo. Abrimos la puerta que comunica nuestros respectivos cuartos y nos contamos nuestras mutuas historias. ¿Qué le parece a usted el plan?

«—Me parece que podemos esperar, como ahora estamos, sin abrir la puerta.

«Y así, de palabra en palabra, ella riendo y yo apretando, no la media, sino una bien corrida, pasó sin que acudiese el hombre de la carabina, y al fin logré que mi vecina descorriese el cerrojo, con cuyo descorrimiento me precipité en la habitación que iba a presenciar mi inesperado tiempo.

¡Dios de Israel, qué hallazgo! ¡Vaya un ejemplar de hembra deseable! Si el busto que sólo pude ver desde mi ventana era de los de *no pidas más*, el conjunto de la muchacha resultaba perfectísimo.

«Naturalmente, los prolegómenos de nuestros amores, por pocas horas, fueron de preparación bien ordenada y comedida, pues no soy un salvaje invasor, sino un experto a quien le place el saborete del manjar delicado a dosis escalonadas y servidas en vaso primoroso, de ningún modo a trompa y talega, y como a la muchacha parecía gustarle mi labia erótica, pasamos algún tiempo en sabrosos escarceos verbalistas, lógica antesala de más dulces expansiones que habrían de llegar sin la menor duda. Pero este seductor tema iba languideciendo, cuando mis arrestos amorosos, a punto de plasmarse, detuviéronse ante unos golpecitos dados en la ventana de mi cuarto, que yo hube de cerrar para que los curiosos no se enterasen de la mudanza.

«—¿Quién llama?—dije, ya dentro de mi cuarto, entreabiendo la vidriera.

«—Somos nosotros, los guías—habló uno de ellos medio en catalán, medio en castellano.

«—¿Qué ocurre?—insistí de mal talante.

«—Pues que hay mucho riesgo en permanecer aquí. Andan por estos sitios personas sospechosas, y nosotros nos hemos comprometido a dejarle sano y salvo en lugar seguro.

«—Pero ¿no será más peligroso meterse en la montaña?—insistí.

«—Ha salido la luna y se ve muy bien el camino. Dese prisa y vámonos al momento.

«—¿Qué hacer en tal situación? ¿Despedir a aquellos inoportunos muchachos y quedarme al lado de mi conquistada, a venga lo que viniere? ¿Abandonarla, cuando aún no había llegado la miel a mis labios? Pero ¿y el triunfo de la causa de que yo era eje y motor? ¿Y la palabra que di al jefe en el instante de recibir su último adiós? ¿Y mis amigos de Barcelona, que me esperaban afanosos? ¿Y si en las delicias de mi Capua pirenaica pasábase el tiempo y un grito impaciente comprometía a los conjurados con riesgo de sus vidas? Declaro y confieso que mi resolución de mandar muy enhoramala la causa revolucionaria estuvo a la vuelta de un dado, y, sin embargo, el deber despidió al amor, y para huir de enojosas explicaciones, salté por la ventana y caí en brazos de mis conductores, sin llevarme de mí atrayente desconocida más que el recuerdo de su espléndida figura y el gusto de dos regalados besos que me permitió estampar en sus sonrosadas mejillas como vísporas de mayores dádivas. La fecha de aquel día, o mejor dicho de aquella noche, jamás se apartará de mi memoria. La fecha y nada más, porque el nombre de la joven se ha escondido en el desván de mi cerebro y no lo encuentro. Creo que se llamaba Urganda, Yolanda, Corina o Nicolasa; pero yo siempre la llamaré *La blanca rosa del Pirineo*. Y ahora viene también otra fecha memorable.

«Llegué a Barcelona sin detrimento de mi persona, y mis amigos me recibieron como agua de mayo. Uno de ellos, el más prestigioso, va y me dice:

«—¡Toda precaución es poca! La Policía tiene ya la filiación de usted, y si le llegara a detener todo estaría perdido! Conviene que se quite la barba y el bigote, y en cuanto a donde ha de habitar, hasta que demos el grito, le llevaremos a casa de una persona de toda confianza.

«—Obediente a la indicación de mi correligionario, me metí en la primera

barbería que hallé al paso, y de barba quedé imberbe.

«¿La casa a que me llevaron? Pues en calle estrecha, a modo de pasaje, y en sitio céntrico, hallábase ocupante del piso primero una perfumería abastada de esencias, jabones, cepillos y multitud de ingredientes y objetos propios para escomondarse y pulirse el cuerpo. Su dueña (llamémosla Cecilia) era viuda de un antiguo republicano que, al morir, la legó el establecimiento, valioso regalo por su crédito y lo bien surtido de artículos odoríferos; mas yo creo que el mayor atractivo para traer clientes no eran los frascos que estaban diciendo *compradme y oledme*, sino la perfumista, que en cuanto a reunión de prendas corporales en un solo pomo, daba quince y raya a *La blanca rosa del Pirineo* que abandoné, ingrato, en la frontera.

«Entramos en el salón principal de la casa, rodeado de tallados estantes con un variadísimo botamen de todos tamaños, y en el centro preciosas vitrinas repletas de ricos y curiosos adminículos para tentación de compradores de buen gusto y fino olfato. Presentáronme a Cecilia como el tuáutem del jefe supremo y la piedra angular de la causa; ella se dió por entendida de que iba a habitar a su vera por poco tiempo; me ofreció su casa y sus servicios, amable y sonriente, y, al fin, nos quedamos solos.

«¿Quién ha dicho que las catalanas son desgarradotas y tienen los pies y las manos grandes? Sin duda algún desventurado que no se ha puesto cara a cara con Cecilia la perfumista: una barcelonesa nacida en la calle del Peu de la Creu, con manos y pies que se podían echar a refir con los de la más castiza andaluza, y una gentileza escultural en toda la periferia de su cuerpo que daría envidia a la más garbosa madrileña.

«Quedéme contemplándola con tanta boca abierta, y para cortar mi embalsamiento me dijo:

«—Recibo un gran placer alojándole en mi casa. Sus comidas tendrá usted que hacerlas fuera. Aquí dormirá usted y permanecerá cuantas veces lo juzgue necesario. Le daré una llave de la puerta para que entre de noche, pues a las nueve cierro el establecimiento y me acuesto; y ahora va a ver su refugio, que desafío descubran los sabuesos del gobernador, aunque cometan el atropello de registrar mi domicilio. Y concluido este pequeño exordio se dirigió a la anaqueletería, que ocupaba el lado más grande del salón, tiró de ella, después de tocar un botoncito, y cediendo suavemente el artefacto, sin que los tarretes se conmovieran, descubrióse una pieza como de un metro cuadrado, con luz cenital y sin otro mueblaje que un diminuto lecho y dos sillas.

«Este chiribitil no es cómodo, pero nadie lo conoce más que yo y ahora usted. Lo mandó hacer mi marido para un por si acaso.

«—Señora—me apresuré a hablar—¡Chiribitil dice usted! ¡Palacio encantado, como me parece cualquier rincón de esta casa que usted realza con su presencia!

«—¿Es usted galanteador?—me preguntó, entre risueña y algo irónica.

«—Soy un hombre cortés, que admira la belleza y la rinde pleitesía—respondí.

«—Yo le creí un hombre nada más que de acción... revolucionaria—insistió Cecilia en tono de zumba.

«—Señora, mi alma es un amplio albergue y en ella caben muchas cosas; y allí tengo un rinconcito privilegiado, donde se anida el amor—pronuncié estas palabras, que luego me parecieron bastante cursis.

«—¿Es usted casado?—volvió Cecilia a interrogarme.

«—Solterísimo—respondí.



«Y, claro, en sus correrías, siempre conspirando, no se le habrá ocurrido buscar su media naranja.

«¡Ah, señora!—repuse al momento—. ¿Quién sabe si habrá dado con ella?

«La bella perfumista conoció la flor, y cuando quizá se preparaba a pegar la hebra, un ciente aguafiestas cortó nuestra plática. La saludé entonces, como si fuese comprador que se despide sin llevarse la mercancía, y me eché a la calle en busca del general Pozáldez para perfilar nuestro magno empeño.

«Estos conspiradores actuales son de mantequilla! Según me contó el general, uno de los coroneles, el más comprometido a sacar su regimiento a la calle dando el grito salvador en cuanto le dijéramos «ahora», solicitaba un plazo de pocos días mientras arreglaba no sé qué diablos de asuntos, y no hubo más remedio que otorgárselo. Por una parte, me acuciaba el deseo de telegrafiar al jefe supremo diciéndole: «*Mariquita libró con toda felicidad*», frase convenida, que significa: «*En Barcelona hemos proclamado la República*»; mas, por otra parte, aquella obligada dilatoria dábame tiempo a estrechar el cerco que puse a Cecilia con paralelas de amor desahogado y lagoterías de dulce connubio, a lo cual la bella perfumista iba derriéndose a chorros.

«Pero el dichoso coronel no acababa de concluir su endemoniado asunto; los demás elementos, tanto civiles como militares, mostrábase impacientes, por donde pudiera venir su desmayo y desunión, y para que no se me fueran, visitando a unos y a otros y templando gaitas, tuve necesidad de azotar calles y plazas sin cuidarme de la Policía y con el seguro de mi disfraz barbilampiño. Nadie que me hubiese visto antes del rasuramiento me conocería tonsurado, y, sin embargo, ¡qué fácil hubiérale sido al buen agente policiaco conocerme no más que por lo que llamaba la atención de los transeúntes! ¿Que cómo semejante facilidad? ¡Pues por el olor!

«A fuerza de estar entre esencias (pues no hay que decir que en cuanto veíame libre de mis pelmazos compañeros me iba junto a Cecilia), a puro hallarme dentro del perfumado ambiente de la tienda, conyuvante el chiribitil donde pasaba la noche (depósito que fué de olorosos menajerges antes de darme asilo), se me pegó el olorillo a la ropa, y por todos los sitios que recorriese iba dejando un rastro de mil flores tan intenso, que escandecía los nervios olfativos de las barcelonesas. Tan intenso, que los perros me olfateaban, los viajeros de los tranvías mirábanme con cierto aire socarrón y despectivo, los enfermos pituitarios estornudaban, las mujeres alababan mi buen gusto, y hasta el general Pozáldez, que no comprendía a los hombres sin otro olor que el del tabaco o el del vino, me dirigió una paulina, de que luego hubo de arrepentirse cuando le referí el motivo del perfume y le hablé de la perfumista.

«A todo esto, los días se pisaban unos a otros, el grito quedábase en la intención de proferirlo y Cecilia no acababa de rendirse a mis apremiantes instancias y a pesar de la promesa de coyunda segura, no a media carta, sino como dispone la Santa Madre Iglesia.

«La bella perfumista ya parecía próxi-

una casita muy modesta que poseía en San Feliú de Guixols, donde pudiéramos entregarnos a todo género de expansiones, dado que su casa-habitación y establecimiento-comercial no era lugar propio para semejantes atrevimientos. Quedárase encargada de la tienda persona idónea, saldríamos de Barcelona en tre-

hombres privilegiados, instantes deleitosos de los que no suelen caer en un quitame allá esas pajas.

«Pero antes de encerrarme en Pafos-Guixols era conveniente tomar el pulso a la situación revolucionaria, y así que me hube convencido de que una corta ausencia de Barcelona no significaba grave retraso, después de fingir con los más levantiscos de mis correligionarios una llamada del jefe para atar un cabo suelto de grandísima importancia, anudamos Cecilia y yo el de nuestra componenda amorosa, y, cada cual por su lado, dimos en la casita de San Feliú.

«¡Qué ocho días me deparó mi estrella protectora! ¡Qué relato podría hacer aquí si estas líneas no fuesen la sincera confesión de mis culpas! ¡Qué descripciones de aquellas deliciosas horas pasadas cabe el emparrado que rodeaba nuestro refugio, en la dulce calma del amor, por igual compartido, y junto a un mar sin olas bajo un cielo sin nubes!

«Escribí en mi libro de memorias aquella fecha feliz, más dulce y más sabrosa que la de la frontera, y calculando que estarían allanadas las pequeñas dificultades que aplazaron el golpe y ya resuelto el asunto del coronel iniciador del instante fúlgido, de cuya señal era yo el vocero, volví a Barcelona, instalándonos nuevamente Cecilia y mi persona en la perfumada atmósfera de la tienda.

«¡Recontra con el hombre! ¡Ahora se disculpa usted, después de habernos reventado? ¿Dónde cuernos se ha metido?—díjome el general Pozáldez cuando, tras mucho buscarle, le encontré rasurado, como yo, en un quinto piso de la calle de San Pablo.

«—Pero ¿qué pasa, mi general?

«—¡Ahí es nada! Que a poco de haberse usted escapado se reunieron los jefes militares comprometidos y acordaron dar el grito al día siguiente; pero como usted se llevó la clave para telegrafiar a nuestros amigos de provincias con objeto de que secundaran el movimiento, rompieron su compromiso y todo se lo llevó la trampa. Y lo peor fué que algún forragaitas dió el soplo a la Policía, hubo registros, detenciones, y desde entonces todos andamos a salto de mata. Váyase con dos mil de a caballo, y si no le trincan, lárguese a Francia, hoy mejor que mañana. Por usted hemos perdido la ocasión más pintiparada para derrocar el Gobierno y proclamar la República...

«La maza de Fraga cayéndome encima no me hubiera puesto más desvencijado y patidifuso. Tenía más razón que un santo el buen Pozáldez. Por mi culpa, por mi grandísima culpa, continuará el pueblo esclavo y el oscurantismo triunfante... Urgía ponerme al buen recaudo de la frontera francesa y volar a París para pedir perdón al jefe supremo...

«Arrojé de mi pensamiento los desmayos de mi voluntad claudicante, y, sin despedirme de Cecilia, me planté en la capital de Francia y conté mi pecado al jefe, que, siempre benévolo y muy conocedor de la vida, me absolvió.

«—No pase usted pena—me dijo—. El ahora o nunca de los coroneles ha sido un pretexto. Con clave y sin clave hubie-



ma a pasar el Rubicón de sus escrúpulos. Yo, en los prodromos de la gran locura, y ella, cada vez más aquiescente y sumisa, tal fuerza puse en mis medios seductores. Precisaba una decisión rotunda, siempre, por supuesto, con mi compromiso de borrar su viudez no bien tuviéramos en el bolsillo los necesarios papeles para matrimoniar en toda regla. Y entonces propúsome Cecilia irnos, para conocernos bien y por pocos días, a

nes diferentes para no despertar sospechas, y en San Feliú... *el acabóse.*

«¿Que si acepté el plan de la escapatoria? ¡Con alma y vida! ¡Como que no se me cocía el pan hasta hallarme en aquel pueblo pintoresco, a orillita del mar azul, y a partir un piñón con la más ideal criatura de las que han nacido en la calle del Peu de la Creu! Ya mi desbordada fantasía finjase inauditas sorpresas, momentos únicamente fruidos por



ran hecho lo mismo. Pero no hay que desanimarse. Se me ofrece entera una división que está operando en el Norte. Falta convenir algunos detalles, de que hablaremos. No le quepa a usted duda. Al Gobierno que por sorpresa se ha introducido en España, lo derrumbaré.

—Y yo te ayudaré a que lo derribes con todas mis fuerzas, sin que roncieras libidinosas se pongan en mi camino—me hablé interiormente en cuanto estuve en la calle.

—Estuve en la calle y en mi cuarto del Boulevard Saint Michel por poco tiempo, pues el Gobierno francés, a solicitud del español, al jefe supremo y a los que teníamos entre manos la conjura revolucionaria, nos puso bonitamente en Suiza, para que en este hospitalario país desarrollásemos nuestros tremebundos propósitos, paralizados, pero no muertos. El pegar los cabos dispersos nos costó tres meses, y al cabo de ellos, únicamente para celebrar una grave conferencia, tuve que volver a Barcelona.

—¡Volver a Barcelona! ¡Estar otra vez junto a aquella huri del quinto cielo, aun a riesgo de cumplir mi palabra! ¡Recordar aquellos inenarrables días, que más parecen soñados que corridos!...

—Llegué a la ciudad condal, y al instante me dirigí a la perfumería. Llamé, entré y hallé todo igual a como yo lo había dejado, todo menos Cecilia. En su lugar, una mujer nada joven y bien traheada.

—¿Doña Cecilia, no está?—pregunté, inquieto.

—No, señor. Doña Cecilia ha traspasado el establecimiento, y yo soy ahora su dueña.

—¿Hace mucho?—insistí.

—Desde que se casó, hará unos ocho años. Ella y su esposo, un señor de Ma-

drid, que creo se llama, o se llamaba, si vive, don León Hernampérez, se marcharon a Francia, y calculo que allí estarán.

—¿Señora! ¿Qué está usted diciéndole?—exclamé, aterrado.

—Pues lo que usted oye.

—Y sin pedir más explicaciones, en dos brinco bajé la escalera, salí a la calle, y ya en la Rambla me dejé caer en un banco, los codos sobre las rodillas y la cabeza entre mis manos.

—¡Dios poderoso!—recapitaba, intermitentes mis pulsos y dispersos los hilos de mi pensamiento—. ¿Qué misterio es éste? ¿Soy yo mismo o soy la sombra de aquel agitador que vivió en otros pasados tiempos, cuando era fácil el motín y cosa corriente echar las tropas a la calle? ¿Estaré muerto o estaré vivo? ¿Habrá sido un desvarío de mi mente mi gestión revolucionaria y una pesadilla placentera mi coloquio con *La blanca rosa del Pirineo*, y las dulces horas gozadas en San Feliú de Guíxols? Y si continúo siendo víctima de tan plúmbeo sopor, ¿por qué no me despierto ahora mismo que estoy empleando esfuerzos dislacerantes para recobrar completos mis cabales?

—Ya iba cogiéndome el mareo precursor del síncope, cuando acertó a pasar por allí uno de los más adictos a la causa. Me sacudió fuertemente al verme en aquella extraña postura, y me dijo:

—¿Qué hace usted ahí? ¿No sabe la noticia?

—¿Qué noticia?—prorrumpí, volviendo a la realidad.

—Que la guarnición de Orense se ha sublevado al grito de «Abajo lo existente!», y la escuadra, que está en Ferrol, secunda el movimiento... Pero ¿no conocía tan definitivo plan?

—¡Sí!... Verá usted... Allí debiera estar...—balbuceé.

—Pues acuda, corra, vuele—me interrumpió el amigo.

—Ese era mi destino. Correr, acudir para insuflar a los sublevados el avasallador influjo de mi fe.

—Sacudí la modorra, abracé a mi correligionario y... al Orense, al Ferrol, adonde quiera que el ejército procurador de nuestras libertades levanta su potente voz. Pero ¿quién ha de ir a estos sitios? ¿Yo que, según acabo de saber, hace ocho años que estoy en Francia casado con Cecilia, o esta etérea contrafigura mía desprendida de mi espíritu?

—¡Horrible, escalofriante duda! Y, sin embargo...

La terminación del escrito de don León Hernampérez no la pude descifrar, tan engarabada e ininteligible era su letra. Si no le hubiese conocido, como afirmo y juro que le conocí, quizá creyese que no existió!

E. GUTIERREZ-GAMERO

De la Real Academia Española.

Ilustraciones de BARTOLOZZI

## LIBROS RECIBIDOS

*Los nietos de Icaro*, por Francisco Camba.—Al ser premiada con elevado galardón por la Real Academia Española su novela *La revolución de Latíno*, Francisco Camba, nuestro querido compañero, era ya un formidable novelista. Fué precisa aquella justa distinción oficial para que su personalidad se destacase claramente ante el gran público. Vino luego esa maravillosa novela *El vellocino de plata*, cuyo éxito crece y se extien-

de con cada nueva edición, y la consagración de Francisco Camba se hizo definitiva. Al calor de esa popularidad tan bien ganada, obras suyas anteriores, que al ser publicadas habían pasado casi inadvertidas, cobran hoy el verdadero valor que tienen y aparecen en todo su prestigio. Este es el caso de *Los nietos de Icaro*, bellísima novela de Francisco Camba, que acaba de ser reeditada ahora, constituyendo un gran éxito de crítica y de público.

x

*Chácharas*, por Mariano de Cavia.—Gran obra y de positivo enriquecimiento para la literatura española es esta de recoger la ingente labor del maestro de periodistas. Este volumen de sus «Obras completas», *Chácharas*, constituye por sí solo un verdadero tesoro de la lengua castellana, palpitante síntesis de aquel tan luminoso espíritu suyo.

## EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Acaba de aparecer

## EL ARCHIPIÉLAGO MARAVILLOSO

Admirable novela en la que su autor,

LUIS ARAQUISTAIN

reafirma su prestigio de excelente narrador y exquisito prosista.

5 pesetas, en todas las librerías.

Al por mayor: RIVADENEYRA  
GRAN VÍA, 8 Y 10

## MOTOCICLETAS

ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.234

## QUIOSCO

DE

## EL IMPARCIAL

CALLE DE ALCALA

ESQUINA A BARQUILLO

Se admiten anuncios, suscripciones y reclamaciones

Capicert y  
Muebles de lujo

Manuel López

Serranq17-Ayala, 60

NERVIOSINA DE T. GONZALEZ

De venta en farmacias

# CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado

## UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.-Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

